

EL ENIGMA DEL CANGUELO

Si dijo el naturalizador y poeta latino Lucrecio que el "timor fecit Deos", que el meticulosísimo miedo engendrab a las divinidades, aunque luego se sobrepuso, según la doctrina cristiana, el sacrosanto temor de Dios, aquel Dios mosaico del Monte Sinaí, los frágiles hombres del montón y los animales contorneantes han vivido y han muerto fulminados por el canguelo. Así la Historia fidedigna es un encadenamiento de temores, de jindamas y de "españtás" toreras, donde el valiente es un medroso disfrazado, un simulador de intrepideces; porque más "cornás" da el hambre y porque sin cuernos afeitados aparecía en el centro de los cosos, erguido y sin pusilanimidades, el cagón D. Tancredo López.

El Terror en abstracto y el terrorismo en la práctica revolucionaria con el armamento infalible de los amedrantadores, de estos jugadores de ventaja, aunque el Terror sea el casino de juego, el círculo más vicioso, ya que segrega nuevos terrores y más refinadas y vengativas represalias. Cuando se afirma que el miedo es libre, se incurre en una equivocación psicológica, biográfica y moral; puesto que el miedo es incompatible con la auténtica libertad escrita con minúscula, o libre albedrío español, que aún no fue desterrado por los acollonados, ni por los acollonadores.

Son neologismos que lanzó al Mercado Común de las palabras el Presidente de la Agencia EFE, cuando desde la tercera página de un diario alfabético ejercía de terrorista moralizante, infundiendo desprecios y pavores. Este

acollonamiento que nos amilana no puede compararse con "la grande peur", el grandísimo espanto brotado de repente en la jaquetona Francia, durante las vísperas y las iniciales jornadas de su Revolución tricolor de 1789, agarrotando los impulsos ofensivos y de defensa, y entregándose al saqueo y a la guillotina, como telemandados por unos entes o teorías fraticidas, dentro de un genocidio de espelugno.

Las vacaciones de 1977 representaron un inconsciente escapismo de la medranterez que acollona y desorienta a las clases medias y plutocráticas, quienes escaparon con sus fortunas fungibles o crediticias a los supuestos Paraísos tributarios, aún cuando en Europa, en América y en el resto de la negritud y del Oriente amarillo se ha fomentado el terror ecológico, el terror de la droga y de las pandemias, el terror de la explosión demográfica, el terror de la escasez y absoluta penuria de alimentos y materias primas. El ser de color intenta asestar a los rostros pálidos, mientras que los prorricistas estallan de mieditis. Las mujeres desarrolladoras del susto en el interior del varón, aunque las féminas sean varones mutilados, con el complejo atemorizante de la falta de pene. El psicoanálisis es como una espada de Damocles, pendiente, encima de nuestras cabezas aterradas, en tanto que su inventor, Segismundo Freud, sufría unas manías horrososas.

La juventud varonil se ha puesto la barba, la melena y los bigotes para acogotarnos, nerviosamente, a los glabros, a los barbilampiños o rasurados. Las hembras sacan al "offset" sus

expudibundeces con el fin estratégico de embestirnos y causarnos, más que placer, una sensación de paralizante castramiento. Todas las estratagemas actuales se fundamentan en el miedo, ya en la Bolsa, ya en la fidelidad, ya en la hombría, ya en la devoción del sexo tan débil, que resultaba el más fuerte y valeroso.

La medrosidad y el espanto indominales pueden traer consigo la entrega de todos los reductos, de todas las fortalezas dogmáticas o pueden desequilibrar la conducta e inducirnos a la más vil de las vilezas, según hay demasiados ejemplos anecdóticos e históricos. El miedo no guarda la viña, sino que es una añagaza para convencernos de que no somos infalibles, y de que existe la humana propensión del retracto y del perjurio, debiendo exigir el Mío Cid Campeador al Rey el juramento en credibilidad y entereza delante del altar burgalés de Santa Gadea.

¿Quiénes son los promotores de este pavor ubicuo, los empresarios de esta flojera y traición acomodadas al descoyuntamiento del alma? Cualquiera dispone de una respuesta, que debieran analizarse y computarse sonatológicamente y proponernos después un antídoto. Hace más de cien años, en un pueblecito de las Alpujarras, mi padre se arrastró de rodillas y con sigilo hasta el féretro de una parienta muerta. Mi padre apenas había cumplido un lustro, pero cuando besó los zapatos negros de la difunta, en su ánimo infantil ya desapareció el miedo durante toda su existencia.

Juan APARICIO